

que era el presidente de la república, López Michelsen, llegó a poner en cuestión el humor de Klim aduciendo que era demasiado local. En semejante contienda hubo toda clase de golpes, pero a Samper nadie le podría decir semejante cosa: textos suyos han aparecido en varias publicaciones latinoamericanas, y el hecho de que su humor sea predominantemente argumental, más que verbal o construido con chistes, ha permitido la traducción de crónicas suyas publicadas en revistas como *Playboy*, honor que no ha alcanzado ninguno de los miembros de la Academia de la Lengua. Esa misma virtud argumental de Samper ha hecho posible trasladar sus relatos a una exitosísima serie de televisión.

Aparte de las cualidades hilarantes de *¡Piedad con este pobre huérfano!*, puede decirse que este y los demás libros de Samper son una crónica de la vida de nuestro tiempo. Si uno quiere conocer algo de la vida cotidiana, de las costumbres y de los acontecimientos, del ámbito familiar y de la recreación de un bogotano de hace cien años, consulta a José María Cordovez Moure; y si quiere saber lo mismo de un bogotano de hace cincuenta años, se lee a Emilia Pardo Umaña. De igual manera, muchos de los escritos de Samper Pizano son un testimonio, vivaz y aceitado por el humor, de la Bogotá de los setenta y ochenta y aun de los sesenta, como en una crónica de nostalgia dedicada a ese período. De este su cuarto libro, en particular, hay dos partes que bien sirven como ejemplo de la crónica de costumbres: "En familia" y "Buscapersonas", sin contar algunas de "toda clase de vainas", aquí ilustradas por Jairo Barra-

gán, Naide, quien siempre ha acompañado a Samper con sus monos delirantes.

En 1949 Raymond Chandler se quejaba de que "hay una constante impaciencia por no permitir el ingreso de la novela policial en la literatura". Igual cosa ocurre con el periodismo. Pero ese artefacto llamado literatura está tan desacreditado, que si llega abrir sus puertas para que ingresen ciertos géneros, a lo mejor lo que consigue es que se le salgan otros. Eso es lo de menos. En todo caso, pertenezca a la literatura o no, Daniel Samper Pizano es, hoy por hoy, uno de los mejores escritores de Colombia.

DARÍO JARAMILLO AGUDELO

Exagerada, cómica, descodificadora

La letra con sangre entra

Emilia Pardo Umaña

Colección literaria, Ediciones Fundación Simón y Lola Guberek. Medellín, 1984

En la colección literaria de la Fundación Simón y Lola Guberek se publicó esta selección, hecha por "Camándula", de los escritos periodísticos de quien fuera la primera mujer periodista profesional en Colombia.

En la capital fue todo un escándalo en 1934, cuando en la página social del vespertino *El Espectador* apareció una columna escrita por una mujer. En 1936 esta mujer ya tiene una columna diaria en las páginas editoriales; columna "criticona y mamagallista", nos dice "Camándula" en su divertida nota biográfica introductoria.

Emilia Pardo Umaña no tenía, ni mucho menos, un carácter débil—desde chiquita fue desobediente— y escribió con fino ingenio capitalino. Cuando alguna noticia la irritaba o despertaba su burla, cuando las situaciones eran cursis o injustas, no tenía pelos en la lengua. No le importaba ser irreverente ni ir contra la corriente.

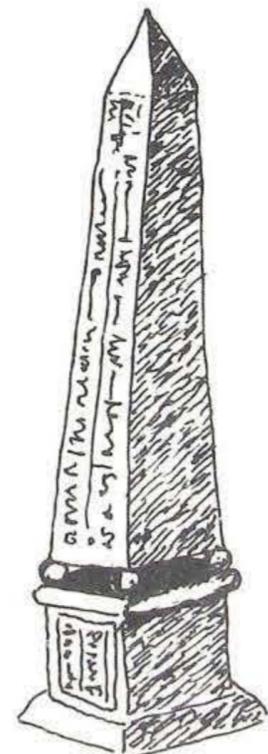
Fue atrevida porque tuvo el descaro, en los años 30, de "entrar impunemente a esos antros llenos de humo, llamados 'cafés', [...] a tomar tinto y a politiquear a grito pelado" y también porque se dedicó a un estilo no muy convencional de periodismo, al que luego nos acostumbrarían grandes como Klim, Gabriel García Márquez y Daniel Samper.

Eligió temas tan inesperados como "Refugio para una neura", un largo aviso clasificado donde enumera las condiciones dentro de las cuales sí iría a veranear—¿con la familia política?— y que no son más que excusas para librarse de la obligación de tener que hacer precisamente lo que todos hacen cuando salen al campo. Tiene diatribas contra "la necia manía de ahorrar", la psicología de los policías o "l'autoridá", contra el mal gobierno, el mal transporte...

En una de sus mejores crónicas, "Puzzle", se mete a reordenar, irreverentemente, los versos del himno nacional para "poderlo entender". El resultado para la primera estrofa es:

*¡Cesó la horrible noche!
Bolívar cruza el Ande
horrores prefiriendo
a pérfida salud (pág. 117).*

El libro incluye una sección sacada de *Consultorio sentimental*, donde respondía a cartas de mujeres enamoradas, mal casadas, atormentadas,



tadas, desengañadas o sin novio. Atendía toda clase de dudas y quejas sobre el amor. Se inventó una rival imaginaria, Kikí, para sacar a relucir mejor sus consejos y razones, en cuestiones del corazón.

Entre cursi, seria y burlona al tiempo, en su papel de doctora Corazón, desmenuza prejuicios y aprovecha para practicar su deporte favorito: ir contra la corriente. Con su agudo sentido de la observación logra darle importancia a lo aparentemente no importante. Es exagerada, cómica, descodificadora. Mete sus narices donde la llaman, y también, donde no, pero siempre guarda una distancia, se mantiene crítica.

Sobre mujeres tiene también otros artículos: "Lecciones de *sexappeal*", sobre el voto femenino, reglas generales para niñas que asisten a su primer baile, y un reportaje hecho en 1954 a su madre, donde hay referencias a su propia infancia y a su carácter. En "Vida y pasión de una pitonisa" cuenta el arresto de María Madieto, conocida cartomántica de Bogotá en los años 40.

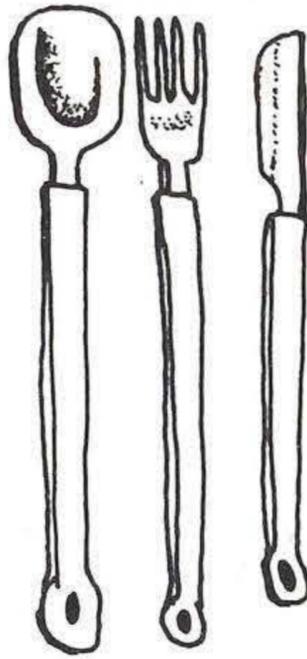
El libro recoge artículos publicados en distintos periódicos de Bogotá entre 1930 y 1961, año en que murió.

PATRICIA LONDOÑO

Cocina es...

Gran libro de la cocina colombiana
Instituto Colombiano de Cultura
Círculo de Lectores. Bogotá, 1984

En 1853 se publica en Bogotá el *Manual de artes, oficios, cocina y repostería*, que en su portada interior reza: *Obra sacada de los mejores autores y acomodada a las necesidades de los granadinos, así como a las circunstancias de esta República*. Para 1893, Timoteo González publica —igualmente en Bogotá— *El industrial del coadjutor*, con el siguiente subtítulo: *Tesoro de recetas sobre cocina española, cocina bogotana, confitería y repostería al uso español y americano; licorería, medicina, higiene y economía doméstica*.



Los dos ejemplos citados constituyen las primeras incursiones que sobre el tema se efectuaron en el mercado editorial de nuestro país. A principios del presente siglo, lo que acontece en dicho mercado llega a ser cuantitativamente más representativo, debido al ir y venir de solventes familias colombianas al viejo mundo. Se constituye para ellas en requisito casi indispensable —a fin de acreditar su estancia en aquellas latitudes— la publicación posterior de un recetario o manual de comportamiento y buenas costumbres, dando como resultado una copiosa producción, entre los años veinte y cuarenta, de impresos que hoy demoran en los anaqueles de bibliotecas y cocinas de ciudades como Popayán, Cartagena, Medellín, Tunja, Bogotá y Bucaramanga. De allí a los setenta, los libros de cocina de autores colombianos se multiplican, prevaleciendo la constante —igual que en las épocas anteriormente mencionadas— de mezclar la llamada cocina internacional con la colombiana. Es a partir de entonces cuando la industria editorial descubre en los escritos culinarios un mercado de incalculables beneficios y es así como actualmente *la cocina* ocupa lugar preferente en los medios informativos.

Ayudados en el orden de ideas anterior, se hace necesario observar algunos aspectos, primero de forma y luego de contenido, de lo último que apareció sobre el tema en nuestro medio a finales de 1984: *Gran libro de la cocina colombiana*, con insospechado éxito editorial.

Si existe algo en lo que no puede fallar un libro de cocina, es en su presentación. La inquietud que siente el artista plástico o el poeta cuando su obra va a ver la luz pública, es la misma que debe sentir el autor culinario. El *Gran libro de la cocina colombiana* está bien presentado, pues resulta apetitoso a los ojos de cualquier lector. Por primera vez en la bibliografía culinaria colombiana se logra una calidad óptima en las ilustraciones gráficas. Aunque muchas de las fotografías puedan ser criticadas por los profesionales del ramo, el hecho es que se logra reivindicar visualmente la configuración de numerosas preparaciones, que en la descripción narrativa de la casi totalidad de viajeros extranjeros por la Colombia del siglo XIX aparecían como verdaderas aguamasas.

La buena presentación aludida es el resultado de cumplir igualmente con requisitos técnicos tales como buen papel y buen diseño tipográfico, que incluye la escogencia de excelentes tipos de letra; requisitos que muchas veces se subestiman, afectando el contenido de un libro, y sobre todo de un libro de cocina. Por otra parte, se logra en el *Gran libro de la cocina colombiana* un trabajo nunca realizado: el inventario del recetario colombiano (aproximadamente setecientas recetas) con una clara descripción de las mismas, sin caer en la rigurosidad de pesos, medidas, tiempos y otras mañas culinarias, que hubiesen hecho imposible su lectura. Ello se complementa con un glosario temático eficiente: un recuadro de denominaciones de cortes y carnes, reducido a lo necesario; unas acertadas explicaciones técnicas útiles para el mejor uso del libro en la cocina; una sugestiva introducción y, finalmente, un conjunto de reseñas regionales apretadas pero veraces.

Lo anterior es en parte el resultado de la fusión de trabajo entre una entidad cultural, el Instituto Colombiano de Cultura (Colcultura), y una empresa particular, el Círculo de Lectores, en donde, una vez finalizado el producto, la afectada por dicha fusión fue la primera, con ob-